

Quibiam, desde la cumbre de Veragoa, divisaba á lo lejos las embarcaciones, acechándolas como el águila á su presa.

Pero las grandes canoas desaparecieron de sus estados, porque Colon, como recuerdan mis lectores, buscaba á toda costa el soñado estrecho.

Su inexperada marcha le desalentó.

La venganza se le escapaba de las manos.

Pero no trascurrió mucho tiempo sin que volviera á saborearla de nuevo.

Los españoles tornaron y se detuvieron en la costa de Veragoa, resueltos á conquistar aquel país y á explotar sus minas.

Quibiam los esperaba.

Pero queria inspirarles confianza para dar el golpe sobre seguro.

Tal era la actitud del rey de Veragoa cuando llegaron á sus dominios los españoles.

¡Cuán ajenos estaban de que la tempestad se cernia sobre su cabeza!

Capítulo XXXIV.

Un leon que se convierte en tigre.

Mis lectores recuerdan que al perderse las embarcaciones en que debian ir á España Bobadilla, Roldan y los rebeldes, conduciendo las grandes riquezas que el sucesor inícuo de Colon habia atesorado en Santo Domingo, algunos de los indios que se llevaban á España pudieron librarse de la muerte, llegando á nado hasta el paraje que habia buscado para abrigo de su buque el ilustre Colon.

Entre los indios habia una jóven hermosa, que llamó la atencion del almirante porque pronunció algunas palabras en castellano, y sobre todo las oraciones con que se rinde culto al Supremo Hacedor, á Jesucristo y á su Santa Madre.

Aquella jóven, de quien hasta ahora no hemos hablado, era Lianata.

Al llegar á la costa de Veragoa intentó lanzarse al mar; lo cual, avisado á Colon por algunos marineros, fué causa de que la encadenasen al palo mayor en el sollado del buque.

Esto le affigió tanto que cayó enferma, y aunque á bordo se la prodigaron los mayores cuidados, la honda pena que llenaba su alma la puso en un estado lamentable.

Ni hablaba ni lloraba.

Parecia que su inteligencia habia desaparecido y que se habia vuelto idiota.

Abandonémosla para ver las disposiciones que tomó Colon al llegar á Veragoa.

Por de pronto envió dos botes á la orilla con el intérprete indio, y los naturales del país, aleccionados por Quibiam, los recibieron con las mayores muestras de simpatías.

Los marineros tornaron asegurando al almirante que los indios les habian dicho que habia mucho oro en el país, pero que las minas se hallaban en el interior.

Dos dias despues, el adelantado se dirigió á la costa, y con bastantes soldados, todos perfectamente armados, por medio de uno de los indios avisó á Quibiam que deseaba verle.

Quibiam salió al encuentro de Bartolomé Colon, rodeado de todos sus caciques, cubriendo con la máscara de la amistad el rencor profundo que sentia hácia aquellos hombres.

Se acercó á Colon y le abrazó ofreciéndole los

adornos de oro que llevaba, recibiendo en cambio varios dijes que le dió el adelantado.

Bartolomé invitó á Quibiam á pasar á visitar los buques, anunciándole que el almirante tendria mucho gusto en verle.

Quibiam, deseoso de medir las fuerzas de sus enemigos, accedió á aquella súplica, y ofreció al dia siguiente visitar las embarcaciones.

Así lo hizo, y en aquella entrevista engañó por completo á los españoles.

Les aseguró que podian recorrer en todas direcciones sus dominios, aprovechar el oro que encontraran, pedir á todos provisiones, vivir como en sus propias casas, contando siempre con la seguridad de su afecto.

Estas palabras, traducidas por el intérprete, produjeron en ellos una satisfaccion inmensa.

Encontrar un tesoro y apoderarse de él sin necesidad de luchar, era una fortuna que ni aun en sueños se habian prometido.

Como al mismo tiempo el rio donde habian entrado, y en donde estaban anclados los buques, era un paraje muy abrigado, resolvieron permanecer allí mucho tiempo, y resuelto Bartolomé Colon á explorar el país, salió con sesenta y ocho hombres bien armados á recorrerle y examinar sus minas.

Quibiam supo su resolucion, y como el adelantado se dirigia á la morada del gran cacique, éste salió al encuentro con muchos de sus vasallos; pero sin armas, para inspirar confianza á los españoles.

Apenas se encontraron uno de los indios sacó del río una gran piedra y la ofreció á Quibiam, el cual se sentó en ella, y mandó sacar otra para el adelantado.

Era una gran muestra de cortesía.

Quibiam no hacia más que mirar á aquel hombre corpulento, y cuanto más le examinaba, más formidable le parecia y más acariciaba la idea de emplear la astucia con aquellos hombres, para quienes la fuerza seria inútil.

El adelantado le pidió de nuevo permiso para recorrer sus dominios, y Quibiam accedió á sus deseos, dándole tres guias para que le condujeran á las minas.

Dejó el adelantado ocho hombres para que guardasen los botes, y salió á pié con los demás, precedido de los guias.

Quibiam los miró partir con sonrisa de triunfo.

—Van á su perdicion,—dijo á Irayba.

Los españoles durmieron la primera noche en la orilla de un río que surcaba una inmensa vega, y al día siguiente llegaron á unos bosques muy espesos, en donde les dijeron los guias que se hallaban las minas.

La tierra estaba llena de oro.

Hasta en las ramas de los árboles hallaban aquel precioso metal, y sin gran trabajo pudieron los soldados de Bartolomé recoger cada cual una crecida cantidad de oro.

Desde allí condujeron los guias á los extranjeros á la cima de una elevada montaña, y mostrándoles una

vasta extension de tierra, les aseguraron que en toda ella abundaba el precioso metal.

Los guias los habian engañado.

Por órden de Quibiam los habian conducido al territorio de un cacique vecino suyo, con quien estaban siempre en guerra, pensando que su enemigo lucharía con los extranjeros y le ayudaría á exterminarlos.

Mientras tanto, pensaba el rey de Veragoa tender otra emboscada á los que habian quedado en las embarcaciones para acabar con todos.

No salió, sin embargo, su plan á medida de su deseo:

El cacique de quien esperaba concurso buscó la alianza de los españoles contra él, les indicó donde estaban las minas que producian más oro y les señaló el camino por donde podrian llegar en breve tiempo al sitio en que habian dejado los botes.

El adelantado logró de esta manera evitar el peligro, y al reunirse con sus hermanos resolvió pedir una satisfaccion á Quibiam.

Este, para no dar á conocer su juego, no tuvo más remedio que castigar delante de los españoles á los tres guias, asegurándoles que habian sido malvados y torpes.

Satisficiéronse los españoles con esta prueba de lealtad, y el adelantado prosiguió explorando el país por la costa con cincuenta y nueve hombres, llevando además catorce en un bote que seguia por el mar su mismo camino.

Todos los caciques inferiores le recibían con las mayores muestras de amistad.

A los pocos días volvió con grandes cantidades de oro y las mejores noticias de la riqueza y feracidad del terreno.

En vista de esto, resolvió el almirante establecer una colonia en Veragoa y apoderarse del país.

La tormenta comprimida iba á estallar en breve.

Capítulo XXXV

La colonia de Veragoa.

Reanimado el espíritu de Colón al ver que al fin había logrado realizar los deseos de toda su vida, encontrando un país fértil y rico que conquistar para los reyes de España; confiando por esto en que al regresar á su patria adoptiva una nueva ovación le indemnizaría de los hondos pesares que había sufrido, se entregó confiado á la esperanza, y hasta sus males se aliviaron.

—No hay duda,—exclamaba en sus momentos de expansion, dirigiéndose á su hermano, á su hijo y al valiente Diego Mendez, su más leal servidor,—la Providencia nos ha protegido, y hemos llegado al país más espléndido del continente asiático.

—No puedo menos de recordar,—añadía, volvien-